

## LA OMS, BILL GATES Y EL PODER DE LOS DONATIVOS

Los fondos extrapresupuestarios ascienden a unos 1.600 millones de euros

Poco tiempo después de terminar la carrera, el Ayuntamiento de Madrid me contrató para trabajar temporalmente en una casa de socorro, un centro de emergencia cuyo parecido con los actuales servicios de urgencia es pura y simple coincidencia. En mi primera noche de guardia, el conserje se personó en mi despacho para que le ayudara a rellenar el estadillo mensual sobre las enfermedades infecciosas que se habían observado en el centro. Cuando le dije que bastaba sumar los casos registrados diariamente, me contestó asombrado que tal registro no se realizaba y que correspondía al médico de guardia realizar un cálculo aproximado cada fin de mes.

He recordado a menudo este suceso al examinar las estadísticas de morbilidad y mortalidad, procedentes de todos los países del mundo, que publica la OMS regularmente y que han sido objeto de críticas no exentas de fundamento. En el año 2000 se llegó al punto extremo del uso de tales estadísticas al elaborar una clasificación mundial de los países basada en distintos parámetros sanitarios y, en particular, en la esperanza de vida al nacer y a los 60 años, corregida por los años de incapacidad. España ocupaba un honroso quinto lugar, pero habría que preguntarse si no existía algún sesgo al encontrarla por delante de Suiza, Canadá o Reino Unido. Al abordar este tema en la propia OMS, Kenji Shibuya y sus colaboradores, del Servicio de Sistemas de Medición e Información de la Salud, se referían a “la intensa presión política que reciben las cifras de la OMS y a la frecuente escasa calidad de los datos facilitados por los Estados miembro y que sirven de base a las estimaciones”. Ahora bien, estas estadísticas fundamentan la acción de la OMS y de las numerosas ONG que actúan con fuerza creciente en el sector de la salud. En la última Asamblea Mundial de la Salud, que presidió la ministra de Sanidad de España, el discurso inaugural no estuvo a cargo de un investigador distinguido ni de un responsable de la salud pública, sino de Bill Gates, fundador y accionista mayoritario de Microsoft. El mérito sanitario de Bill Gates es ser el principal donante de fondos para las actividades de la OMS. No es extraño que el periódico ginebrino *Tribune de Genève* titulara un reportaje sobre la Asamblea Mundial de la Salud de la siguiente manera: “La salud mundial depende más de Bill Gates que de la OMS”.

Es poco sabido que los fondos de origen privado (encabezados actualmente por los procedentes de la Fundación Gates) superan a las cuotas abonadas por países miembro de la OMS. Desde hace veinte años, el presupuesto ordinario oscila sobre los 730 millones de euros. Esta diferencia no tendría mayor importancia si la OMS pudiera disponer libremente de esta importante fuente de financiación, pero, en la gran mayoría de los casos, los donativos están destinados concretamente a la actividad sanitaria, en la que pueden obtenerse destacados resultados en poco tiempo.

Por consiguiente, esas actividades van escapando de la gobernabilidad impuesta por la OMS y pasan a depender de otras organizaciones internacionales (la UNICEF y la Onusida son los ejemplos más demostrativos), de Gobiernos que desean dar a una actividad concreta una mayor relevancia que la acordada por la OMS o de algunas ONG que quieren brillar con luz propia, sin someterse totalmente a las normativas impuestas por la Asamblea Mundial de la Salud o el Consejo Ejecutivo de la OMS.

El reciente foro celebrado en Yaundé (Camerún), para tratar el programa africano sobre la vacuna contra el sida, es una clara muestra de la multitud de actores que intervienen, actualmente, en determinadas actividades sanitarias. El foro fue organizado por el Programa Africano para una Vacuna contra el Sida, la Oficina Regional de la OMS para África y la Iniciativa de Vacunas contra el VH de la OMS y la Onusida. Ahora bien, los patrocinadores, esto es, las distintas entidades que costearon el foro, no eran africanas, sino principalmente canadienses, europeas y, sobre todo, estadounidenses como, de nuevo, la Fundación Gates e, inesperadamente, el Programa Militar de Estados Unidos de Investigaciones sobre el VIH. Los malpensados llegarán fácilmente a la conclusión de que los africanos van a servir, tal vez, de cobayas para que los países occidentales dispongan de una vacuna antisida.

En el mar revuelto en que vivimos, toda desconfianza es poca.

J. A. Valtueña

Presidente del Centro Internacional de Educación para la Salud, Ginebra (Suiza).